

El problema de España en Africa según Azorín

José Payá Bernabé

Casa-Museo "Azorín" (Obra Social de la CAM en Monóvar)

27

José Martínez Ruiz, Azorín, está considerado como uno de los mejores prosistas de la primera mitad del siglo XX. Sus opiniones, lo que hoy la crítica bautiza como su dimensión intelectual (1), le situaron en una posición privilegiada que hizo que, desde las terceras de *ABC*, *La Prensa* de Buenos Aires, *El Sol*, el Diario *Luz*, *Ahora* o *La Libertad*, arrastrara a miles de lectores y seguidores que veían en él un maestro y, sobre todo, una opinión y actitud a tener en cuenta.

A lo largo de su dilatada existencia —93 años—, Azorín escribió más de treinta mil artículos y un centenar de libros. Entre tantos renglones, no podía dejar de husmear en un tema que latía, con fuerza, en la mente de la sociedad española: la guerra de Africa.

Los incidentes en Marruecos de 1859–60, con el ataque de los cabileños a Ceuta, son estudiados por Azorín (que había nacido en 1873), tanto en el libro *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, de Pedro Antonio de Alarcón (2) como en *Fragmento de mis memorias*, de Nicolás Estébanez, volumen de 1903 considerado "muy raro" por Azorín. Para él la guerra de Africa, en 1859, puede resumirse así:

Hubimos —subrayamos la palabra por el sentimiento de patriotismo que conlleva—, de luchar contra cuatro enemigos: el moro, el cólera, la lluvia tempestuosa que anegaba las tiendas de campaña, el hambre (3).

En 1908, Azorín es un periodista célebre y prestigioso. Sus *Impresiones Parlamentarias* habían resultado una de las más valiosas aportaciones al periodismo del siglo XX. En una de sus crónicas, “La colonización de España”, considera que Marruecos es un país sin civilizar, que está fuera de España. Asegura que no debe hacerse ninguna obra civilizadora fuera de España “porque no tenemos fuerzas para ello —dice—, y porque las pocas fuerzas con que contamos debemos emplearlas en nuestra autocivilización”.

Nuestro autor está convencido que “España es un país pobre, casi yermo. Casi todas las ciudades del interior —relata— llevan una vida estática, soñolienta (...) a muchos pueblos no se puede ir sino a lomos de caballerías, por sendas y tronchos escabrosos”. Así pues, no estima conveniente “conquistar un reino nuevo permaneciendo nosotros, en nuestra casa, como estamos” (4).

Estas reflexiones le van llevando poco a poco a un entusiasmo por el tema africano. Hay una frase que no deja lugar a dudas, situándonos de lleno en uno de los argumentos más utilizados por Azorín: la similitud, a su juicio, entre el paisaje de Africa y el alicantino. Afirma Azorín:

El Africa nos atrae profundamente, no podemos pensar en Africa sin pensar en España, y más concretamente, en la tierra alicantina, en que hemos nacido.

Azorín medita, en 1917 (5), sobre por qué ha de ser ofensiva para un español la frase de que Africa comienza en los Pirineos, apuntando que en el Levante español las fiestas de pólvora, los alborados en que sueñan músicas, las romerías a los santuarios, los cantos largos, plañideros, en la era, mientras se trilla, tienen muchas cosas en común con Marruecos. Azorín indica, con sutileza, la semejanza de las fiestas de este país con las Hogueras de San Juan en Alicante y sigue interrogándose:

¿Cómo podremos describir todo el encanto de las fiestas, regocijos y esparcimientos de los buenos levantinos? Y más que las horas de anormalidad jovial, más que los momentos de fiestas, lo que nos atrae irresistiblemente son los minutos anodinos, los días en que no pasa nada. Una puerta en el blanco muro encalado, ¿dónde está? ¿En Marruecos o en Alicante? Este patio silencioso, recatado, de paredes cuidadosamente enlucidas, ¿a qué casa pertenece? ¿A una marroquí o a una alicantina? Y esos ojos anchos, negros, reidores, o tristes, con una tristeza profunda y desgarradora, ¿de quién son? ¿De una bella africana o de una hermosa alicantina? Hay una tradición, tratándose de moros, de que, al salir de España los últimos creyentes del profeta, se llevaron las llaves de sus casas y de que todavía los descendientes de aquellos españoles conservan esas llaves. ¡Cuántas llaves de esas que debe de haber en las casas de Africa vendrían bien en las cerraduras de las casas de Alicante, Valencia y de Castellón, las tres bellísimas y amadas provincias! No nos enojemos, singularmente los valencianos, cuando se diga que el Africa comienza en la cadena pirenaica; al contrario, tengamos ufanía en corroborar la especie.

29

En 1917, Azorín tiene maduro el tema de Africa, de ahí que se atreva a manifestar: "El porvenir de Europa está en Africa; los más próximos hermanos de los españoles están pasando el Estrecho, aquende el Atlas".

Poco a poco fue brotando una oleada de indignación y manifestaciones en España que alcanzó su punto más álgido, en 1921 (6), cuando el General Silvestre perdió la vida en Annual. Llegan las consabidas peticiones de responsabilidad y se designa al General Juan Picasso para abrir un expediente gubernativo sobre las responsabilidades del mando en el desastre de Annual. El proceso produce la sustitución del Alto Comisario, General Berenguer, quien tuvo que defenderse ante la Cámara y dar paso al General Burguete. Berenguer acusó a los políticos de haber puesto a su disposición pocos efectivos bélicos.

Azorín —que ha hecho una obra sólida, fina, delicada, primorosa en la observación de los acontecimientos históricos—, se rebela contra

estas peticiones de responsabilidad. Así lo comunica, mediante una misiva, a su líder Juan de La Cierva:

No sé nada de novedades políticas. No veo a nadie. El gran hecho actual de la política española —las llamadas responsabilidades— es cosa que repugna a mi espíritu. No es aceptable el principio de responsabilidad individual para hechos sociales (...) Mi parecer, pues —y perdóneme usted la franqueza—, es que no debió de aceptarse ese principio de responsabilidades y haber procedido en consecuencia: explicando el motivo de la no aceptación, no prestándose al juego de los adversarios, teniendo indiferencia altiva para todas las trampas, no cediendo, en fin, en un nocivo sentimentalismo por deseo de justificación y sinceridad (7).

30 Cuando, en diciembre de 1922, surge el Gobierno del marqués de Alhucemas (8), la conmoción que reina en España por el desastre marroquí es comparable a la existente en 1898. En septiembre de 1923, se produce el Golpe de Estado de Primo de Rivera. Ciñéndonos a nuestro autor, veremos que, en ese instante, él “consideraba el norte de Africa como una zona de influencia natural para España, ya que tanta cultura española se había originado al otro lado del estrecho de Gibraltar, y mantenía que ahora le correspondía a España llevar allí los beneficios de su civilización”. Por tanto —nos dice el profesor Ouimette— “en lugar de una intervención militar (...) abogaba por un programa de ayuda mutua y el reconocimiento de una comunidad de intereses”. Azorín declaró que la política de imperialismo militar se oponía no sólo a toda lógica, sino a las normas de conducta civilizada (9).

En enero de 1924, desde *La Prensa* de Buenos Aires (10), arremete contra la Dictadura por el *discurso del Vaticano* leído por el rey Alfonso XIII ante el papa Pío XI. En este manifiesto el Rey aseguró que España libraba en Marruecos una santa cruzada. Para Azorín este discurso imprime un sello de tradicionalismo al Directorio; para más tarde rectificar diciendo: “Perdón, de tradicionalismo, no (la tradición es otra); de reaccionarismo”. Azorín fustigó el discurso con rabia.

Hasta tal punto caló hondo en Azorín este manifiesto del Rey que vuelve a ponerlo de relieve, por irresponsable, en su extenso artículo "La Voz de Costa". Se trata de uno de esos ensayos escritos con el corazón donde Azorín se muestra como un pensador apasionado por Marruecos, por "la pesadilla dolorosa para España", en palabras suyas. Azorín se autopresenta como *un partidario decidido del abandono* pero, en su fuero interno, algo le hace vislumbrar otra postura; es como si quisiera encontrar la solución feliz a un tema tan costoso, impopular o interminable como había resultado la campaña marroquí. Sus palabras no dejan lugar a equívocos:

Hace cerca de veinte años, don Gabriel Maura Gamazo publicó su libro sobre Marruecos, y con motivo de aquel libro, y en el ABC, de Madrid, expuse mi criterio francamente abandonista. Todo para España —decía—; nada en empresas absurdas fuera de España. Y ya antes, en El Globo, allá por 1902, había hecho yo una campaña en el mismo sentido.

Pero existe otro criterio en el problema de Marruecos. Y yo debo exponerlo. Los abandonistas no tendríamos inconveniente en ceder en nuestra opinión, si este otro criterio se pusiera en práctica. Sí; desde luego; abandonista ante la incapacidad y el despilfarro, si con nobleza y eficacia se hiciera un sacrificio en favor de nuestros hermanos de Africa, el autor de estas líneas sería el primero en aplaudir.

Azorín hace un estudio de la situación parafraseando lo que se dijo, en 1884, en la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas en Madrid. Basándose en Coello expone que "Africa hizo en España obra de civilización. España debe corresponder ahora con la misma labor en Africa". Apoyándose en Joaquín Costa, considera que "Marruecos y España deban conservar su mutua independencia renunciando en absoluto a conquistar una y otra nación"; "España ha sido siempre con Marruecos más que hermana, una madre complaciente y cariñosa. Y esa obra amorosa y civilizadora es la que debemos continuar".

En el mismo artículo hace hincapié Azorín en lo que había manifestado Costa sobre fundar, en Ceuta, instituciones para que la juventud marroquí aprendiera de profesores españoles medicina, física,

química, etc. y hacer, de Ceuta y Melilla, poblaciones bilingües. Para Azorín el discurso de Costa, en contraposición al referido de Alfonso XIII, era lo más elocuente que se había dicho sobre el inquietante problema de Marruecos.

Durante 1925 las tropas españolas desembarcaron en el Peñón de Alhucemas en respuesta a los ataques de Abd-El-Krim. Los artículos de Azorín en *ABC* van, durante ese periodo, ilustrados por fotografías de Marruecos, zona occidental o de Tetuán, con típicos grupos de moras que esperaban la llegada de Petain y Primo de Rivera cantando, y bailando, algo inusual para el momento. La pacificación de Marruecos llegó con la derrota de Abd-El-Krim que se entregó a Francia. Sin embargo, no decae, con ello, el interés de Azorín por la temática africana.

Como buen crítico literario, Azorín conjuga el redescubrimiento de los clásicos, como Alarcón a quien, en 1929, presenta como un hombre que sintió curiosidad por todo; que quiso vivir múltiples vidas; que viajó por España y el extranjero y que *guerreó en Africa*, con el análisis de obras cuya temática se centran en la problemática africana: *Los hebreos de Marruecos*, de Manuel L. Ortega (11) o *Marruecos*, de Manuel Ciges Aparicio, su cuñado, son dos ejemplos claros (12).

A partir de aquí, Azorín intenta ofrecernos la fuerza, la grandeza del paisaje africano. Y ello lo consigue pergeñando páginas magistrales. De un modo subjetivo, lírico, interpreta las costumbres de este Continente. En *Sintiendo a España*, de 1942, nos ofrece unas páginas entrañables. En uno de sus capítulos, "La seca España", se nos aparece convertido en un terrateniente alicantino. ¿Su nombre?, Silvino Poveda. ¿Su estancia?, Malvar, población alicantina donde se habla el valenciano.

Es obvio que nos está llevando precisamente al más íntimo de sus anhelos; a la más firme de sus añoranzas: volver a Monóvar, su ciudad natal, donde no ha regresado físicamente desde 1931. Todo concuerda: Silvino Poveda, el personaje, regresa a Malvar (Monóvar) después de su estancia en París, donde había permanecido tres años de exilio a causa de la guerra civil; exactamente igual que el propio Azorín (13).

Silvino Poveda —el protagonista del relato—, sirve de excusa para que Azorín se recree en su ciudad natal y nos recuerde su vieja tesis: "todo el litoral alicantino semeja porción de Africa". Leemos:

Pero España, ¿es Africa o Europa? La cuestión le preocupaba hondamente. Si España era Africa, ¿por qué habíase de atribuir un concepto denigratorio a tal semejanza? ¿Es que podía justificarse el menosprecio de Africa? Silvino Poveda, estudiándose a sí mismo, se sentía africano. Y claro es que no se lo decía tampoco a nadie. Pero era africano, en tanto que buen alicantino, por su silencio, por su gusto de la inmovilidad, por sus yantares sobrios, por su goce del momento presente, por su odio al maniquismo, a la superstición de la ciencia y al sentido progreso incesante del género humano (14).

Sañaba Azorín, en 1942, con que la justicia y el bienestar reinaran en Africa porque él, como había dicho a través de su personaje, “se sentía africano”. Este fervor le sigue llevando a enjuiciar todo cuanto sobre este tema cae en sus manos. El mismo, al hablar del libro *Marruecos* de Francisco Franco, confiesa:

Va poco a poco entrando en nosotros la visión de Africa: lectores de todo libro en que se hable de Africa, nacidos en territorio semejo a Africa, aquende el estrecho, creyentes en que nuestro porvenir está en Africa, sentimos un hondo deleite al ir leyendo las páginas del libro Marruecos (15).

33

A propósito de otros libros titulados *Marruecos sin alemanes* del francés Juan Ajalbert, y *Argel y la guerra*, de Juan Meliá, vuelve a publicar otro artículo, en 1949, denominado “África en el arte”. En él medita sobre la incorporación del paisaje a la literatura. Define otra de sus constantes ideas: “el paisaje no existe hasta que lo ve, hasta que lo crea el literato o el pintor” (16).

Explica que Africa tiene como antecedentes en el arte francés los cuadros de Delacroix y de Fromentin y los libros de este último pintor. Opina Azorín que “por el arte exquisito de sus literatos y pintores, Francia ha incorporado el paisaje africano a su nacionalidad. Los artistas de Francia —afirma— han creado el paisaje de Africa”.

De igual forma que antes, en “La España seca”, centró su protagonista en Monóvar, ahora —en junio de 1952—, Arnaldo Albert, el

nuevo personaje de “Veladas Marroquíes”, otro de sus artículos, se traslada a Marruecos. Arnaldo, nativo de Alicante —de nuevo la conexión Levante-Africa—, sirve a nuestro autor para contarnos un sueño: “A la hora presente, todo el norte de Africa —Túnez, Argelia, Marruecos— debería ser nuestro”. Si ello hubiera sido así —relata Azorín— “España hubiera añadido a su extensión peninsular e insular setecientos setenta y cinco mil kilómetros. Intensificada la población (...) en estos territorios, podría contar hoy España con cuarenta o cincuenta millones de habitantes”.

En 1959, en *Valera a Miró*, otro de sus libros, nos cuenta Azorín cómo, en 1768, se entremezclaron valencianos, catalanes, provenzales, moriscos y judíos con italianos provenientes del cautiverio de Africa, pues habían sido arrebatados de la isla Tabarca y llevados, por el Estado español, a la Isla de Nueva Tabarca, frente a Santa Pola, en Alicante (17). Un nuevo dato que corrobora el nexo Alicante-Africa. También ese año, en sus *Papeles* del libro *Conversaciones con Azorín* de Jorge Campos, Azorín escribiría un inédito titulado “1859 y Africa”.

54

Como puede observarse, el tema va más allá de la mera reseña que hubiera podido redactar un Azorín-periodista. Es más bien un tema que interesó al Azorín-escritor; al Azorín-lector y al Azorín-comentarista político. Sin embargo, es sorprendente el hecho de que, esta cuestión, haya pasado desapercibida entre sus biógrafos. Únicamente Luis Sánchez Granjel (18), y Dolores Franco (18 bis) hacen mención —sólo mención— al asunto.

La actitud ante el paisaje africano fue evolucionando y así, como aquí puede verse, lo que comenzó con aires de imprecación y de ansias de civilización para este Continente se convirtió, con el transcurso de los años, en artículos azorinianos de ensueño y mera recreación lírica.

La ideología azoriniana sobre Marruecos está aquí configurada. Y el nexo de Africa con la tierra alicantina —del que hemos leído algunos textos de Azorín—, fue, de nuevo, cuidadosamente seleccionado por éste, a sus 92 años, para el libro *España Clara*. Esta obra supuso para él la concesión del Premio Nacional de Literatura “Miguel de Cervantes” de Ensayo Literario. El libro contó con dos versiones: una, magníficamente ilustrada y, otra, en rústica. Fue el postrero homenaje de Azorín —artífice de la prosa moderna en nuestro idioma— a Africa pues, no en vano, como escribió, en *Sintiendo a España* y en *España Clara*, él se sentía africano.

Azorín amó los viejos pueblos y el paisaje; dio a conocer al Greco; rehabilitó a Góngora y José M^a. Matheu; nos entusiasmó con Larra; combatió a Echegaray, Canalejas, Romero Robledo y Primo de Rivera; se convirtió en el notario de España según Unamuno y, cómo no, siempre mostró una actitud en favor de Africa y su civilización.

Decía Azorín: “De nuestro amor a España responden nuestros libros” (20). De su fervor por Africa, cuando menos, los artículos aquí citados (21).

1. MARCO, J. M.: "Azorín, teoría del matiz", Revista *Quimera* núm. 92, septiembre 1989.

2. Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar Roig, 1859. Libro conservado en la Casa-Museo Azorín, en el cual Azorín subrayó las palabras o temas Gibraltar, Turon, Inglés, tolerancia, Castillejos, Prim, Tetuán, O'Donnell y Neo-católicos.

3. Madrid, Establecimiento tipográfico de Hijos de R. Alvarez, 1903, 2ª ed. En Casa-Museo Azorín; signatura 19/135/16. Contiene notas fuera de textos realizadas por Azorín.

4. Diario *ABC*, 18 junio 1908.

5. "España y África", de Azorín, en *El Paisaje de España visto por los Españoles*.

6. Azorín cita la costa de África en "El trapicio de los filólogos", *ABC*, 4 marzo 1921.

7. Carta de 3 de agosto 1923, en "Cartas inéditas de Azorín a Juan de La Cierva", de J. Tusell; *Revista de Occidente*, n° 98, págs. 205-217.

8. Azorín efectuó críticas acerbas al gobierno de concentración liberal del marqués de Alhucemas, Romanones. Durante esos años sólo tiene un líder. La Cierva, al que recomienda campañas de propaganda; creación de un órgano de prensa y que organice las fuerzas que acaudilla para formar un futuro partido conservador.

En 1922, Abd-El-Krim escribió una epístola al director de *La Libertad* reiterándole que "el Rif no combate a los Españoles ni siente ningún odio hacia el pueblo Español. El Rif combate a ese imperialismo invasor que quiere arrancarle su libertad a fuerza de sacrificios morales y materiales del noble Pueblo Español. Le ruego manifieste a su Pueblo que los Rifeños luchan contra el *Español armado* que pretenden quitarles sus derechos, y sin embargo tienen sus puertas abiertas para recibir al *Español sin armas* como técnico, comerciante, industrial, agricultor y obrero".

9. AZORIN.: *La Hora de la Pluma*. Edición de Víctor Quimette. Ed. Pretextos, 1987, págs. 21-23.

10. Artículo recopilado en *De Valera a Miró*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1959. Trabajos recogidos y ordenados por José García Mercadal.

11. Alarcón, capít. XXVIII de *Andando y Pensando*, de Azorín. Madrid, Paez 1929. Del libro *Los hebreos de Marruecos* habla en "Hebreos españoles", *ABC* 2 de agosto 1929.

12. *Entre la Paz y la Guerra* (Marruecos), de M. Giges Aparicio. Madrid, Imprenta Juan Pueyo, 1912. En Casa-Museo Azorín, sign. 19/136/2.

13. *Homenaje a Azorín y Vecla*, Murcia, CAM, 1988, págs. 48-52.

14. Ver, también, *Obras Completas de Azorín*, tomo VI, págs. 756-761.

15. "Leyendo a Franco", en *ABC*, 1 julio 1943. Azorín contó que conoció a Franco, experto en el tema de Marruecos, en 1922, en el antedespacho del Ministro de la Guerra, Juan de La Cierva, en "Seguridad y organización", *ABC*, 18 julio 1943.

16. "África en el arte" en *Con bandera de Francia*, de Azorín.

17. *De Valera a Miró*, de Azorín. Madrid, Afrodisio Aguado, págs. 142-143.

18. *Retrato de Azorín*, de Luis S. Granjel. Madrid, Ediciones Guadarrama, S.L., 1958, págs. 252-253.

18 bis. *España como preocupación*, de Dolores Franco. Presentación de Azorín. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1960, págs. 410-414. Reproduce el capítulo "La seca España" de *Sintiéndolo a España*. La presentación está fechada en diciembre de 1943.

19. Ver nuestro prólogo a *Azorín-Unamuno: cartas y escritos complementarios*, de Laureano Robles. Consellería de Cultura, Educació i Ciència, Generalitat Valenciana, 1990.

20. *Madrid*, de Azorín. En *Obras Completas*. Tomo VI, pág. 253.

21. Azorín conservaba algunas rarezas bibliográficas como *Guerra de África. Tratado de Paz*. Madrid, Imprenta de La Correspondencia, 1860; *España en Marruecos*, de Vial de Morla, Inst. Estudios Africanos, 1947.